

MAMA

The word "MAMA" is rendered in a bold, serif font with a fine, grid-like texture. The letters are decorated with floral motifs: a cluster of roses and leaves is positioned at the base of the first 'M' and the last 'A'. Two thin, dark lines are drawn above the word, starting from the top of the first 'A' and extending towards the right, with one line ending in a small loop.

EDMUNDO DÍAZ CONDE

MAMÁ

The word 'MAMÁ' is rendered in a large, bold, serif font. The letters are filled with a fine, repeating pattern. The first 'M' and the final 'Á' are decorated with a cluster of roses and leaves. A thin, dark line, resembling a needle or thread, is positioned above the second 'A' and the first 'M', suggesting a sewing theme.

algaida

A solid black circle is positioned at the bottom center of the page, partially overlapping the 'algaida' text.

Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com
Fotografías: archivo del autor

Primera edición: 2023

© Edmundo Díaz Conde, 2023
© Algaida Editores, 2023
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es



ISBN: 978-84-9189-820-7
Depósito legal: SE. 13-2023
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Nota confidencial	13
Prólogo	17
PRIMERA PARTE	
Los sueños... ..	31
Las ventajas de maquillarse	37
El negativo de mi madre	40
Invitados en casa	44
El aburrimiento	47
La abuela protestante	53
Brazo de gitano o tarta de fresas	60
La coral de ruada	64
La discusión	68
El baile	74
Años de aprendizaje	76
El probador	80

Un cofre misterioso	85
Las cartas	89
Indicios y pruebas	94
Sospecha	99
Dinero	103
Plan de acción	107
Un viaje decisivo	114
Barcelona	118
La búsqueda	121
El impostor	126
La presentación	132

SEGUNDA PARTE

El ataque	141
Clienta de Mary	148
El armonio	152
El padrino	155
Hacia el infinito y más allá	160
Un corazón cansado	166
Un <i>dandy</i> en compostela	171
¡Imbécil, es el amor!	177
Los años buenos	185
Una novia singular	190
Inesperado	201

Cerca de ti, Señor	204
El disfraz	214
La cumbre y el declive	223
La camelia	230
Preparativos	234
En el salón de actos	237
Una conversación seria	243
Redención	248
Compañia de Arte	251
Fiona	258
Despedida	262

TERCERA PARTE

¿De Madrid al cielo?	271
Luna de miel	275
El premio	279
Llegiu, Maleïts, Llegiu	282
Panamá	286
Carta a una desconocida	291
Un coloquio indeseable	296
Última llamada	300
Regreso al pasado	302
El Señor Negro	306
Cosme	313

El ángel de los Cárpatos	317
... Siempre los sueños	322
Epílogo	327
Agradecimientos	365

Para mi madre

Para Camino

NOTA CONFIDENCIAL

NUNCA, HASTA ENTONCES, HABÍA PENSADO EN ESCRIBIR sobre mi madre.
Y nunca, jamás, deseó mi madre que airease nada suyo en mis libros.

Escribir sobre ella, apasionada y pudorosa como fue, con un profundo sentido del drama escénico, me parecía una traición.

Me la imaginaba llevándose la mano al pecho, abatida por mi ingratitud, mientras me preguntaba, entre suspiro y suspiro: «¿Cómo pudiste, Caifás?». Para mi madre, Caifás era lo peor. Estaba al nivel de Judas. Y, en resumidas cuentas, a mí se me caería el alma a los pies.

Y, claro, el hecho de que su amante hubiera sido un novelista, reconocido y respetado, añadía más leña al fuego: así pensé durante años.

Hasta que, después de lo ocurrido en los últimos meses, me decidí.

Lo contaría todo, todo, cuidándome de no mencionar el nombre del novelista.

Solo desvelaría lo que algunos recuerdan: que aquel hombre, en sus inicios, antes de publicar su primer libro, se valió de un pseudónimo que tuvo su importancia en esta historia de ilusiones y desencantos.

Con relación a mi madre, lo que me proponía contar era, vamos a llamar a las cosas por su nombre, INVEROSÍMIL, fastidioso rasgo que distingue a la realidad. Por eso yo solo escribía ficciones.

Pero, si quería comprender a fondo lo ocurrido, librarme del sentimiento de culpa y sentirme perdonado, en esta ocasión no podía escurrir el bulto; no podía eludir la realidad.

Decidí que, antes de ir al meollo de la historia, hablaría del talento para la costura, la ambición, el éxito y la caída de mi madre; y por supuesto, hablaría de nosotros, como si nuestra vida en común hubiera consistido en una sucesión de viñetas. Al fin y al cabo, como una sucesión de viñetas la recordaba; no como una película. Por lo menos, hasta el fatal hallazgo de las cartas de mi madre.

También decidí que el texto se dejaría leer como una novela; pero contaría la verdad y solo la verdad de lo ocurrido.

Es decir; sería rigurosamente fiel a los hechos, como lo era en mi primera juventud, antes de que leyera sus cartas y me convirtiera en un adulto. Antes de que empezase a apreciar el valor de las mentiras.

No saldría sin rasguños, quizá nadie saldría indemne. Pero nadie podría acusarme tampoco de embustero o de cobarde.

Y aunque tenía la certeza de que este sería mi último libro; qué más daba si con él removía las entrañas de algu-

nos lectores y lectoras. Qué más daba si con él quedaba todo perdonado y su autor en paz con su conciencia.

Y así, JUSTIFICÁNDOME, empecé por el final; o casi.

PRÓLOGO

—1—

EL 3 DE NOVIEMBRE DE 2020, EN PLENA OFENSIVA DEL COVID-19, recibí el wasap que siempre había estado temiendo:

«Debe usted venirr, Eddmundo. Maddrre suya no está bien. Internada. No se prreocupe. No se prreocupe, Eddmundo».

Era Fiona, la vecina rumana. La misma que yo había contratado años antes, cuando me hizo saber que mi madre requería asistencia pero rechazaba cualquier intromisión.

Fiona era viuda, como mi madre. Y vivía sola, como ella. Y residía en el edificio de enfrente. Creía en el pecado y trataba a todo el mundo con deferencia, que yo recordase. De usted para arriba. De don.

Según planeamos, empezó a visitarla alguna vez. Luego más. Le hablaba con dulzura transilvana, por lo

visto. Anécdota va, anécdota viene. Con erre doble. Con de doble.

Bromeaban. Imagino risas como susurros. Tardes que se convirtieron en hábito.

Entonces, un buen día, mi madre descubrió que Fiona era imprescindible.

La rumana me mantenía al tanto. Yo la había conocido poco antes de irme de Orense. Unos días antes de que mi madre me dijera: «Vete de casa. Es lo mejor. No quiero volver a verte en la vida».

Cristiana ortodoxa, Fiona venía de un pueblo en la frontera con Moldavia. De ahí la mezcla entre el acento de los Cárpatos y el ruso. Me hacía pensar en la oveja negra de los Drácula, en el buen sentido. Un ser de luz cuya misión entre los humanos consistía en expiar las culpas de su diabólico pariente.

Una mujer valerosa, llena de miedos, con cruces de toda índole colgadas del cuello que besaba en memoria de su amado esposo.

—Tenga cuidado, Eddmundo —decía.

Me reconfortaba oírla por teléfono, o mensajearme con ella por WhatsApp. Qué hijo responsable, sacrificado y agradecido era yo, pensaba nada más colgarle. Y me gustaba alimentar esa fantasía, que apenas duraba nada.

«No se preocupe. No se preocupe, Eddmundo».

¿Por qué debía no preocuparme? Lástima que, en ese entonces, yo andaba preocupado siempre.

Por la pandemia. Por mi matrimonio. Por mi oficio. Por los vecinos de arriba. Porque tenía cincuenta y cuatro

tacos y dos gemelos, Leo y Sira. Porque mis ingresos de escritor menguaban y menguaban, y porque cada transferencia a la cuenta de Fiona me costaba una disputa con mi mujer y el llanto espantoso de Leo.

Y ahora, como remate de todas mis desdichas, aquel temido wasap.

—2—

—IRÉ CONTIGO. TE PONGAS COMO TE PONGAS —ME INFORMÓ Ada, en cuclillas mientras ataba los cordones de Leo—. Dejaremos a los niños con su abuela.

—Ni pensarlo. Tengo que enfrentarme solo.

Estábamos en nuestro dormitorio. Eran las ocho y cuarto de la mañana. Había recibido el wasap de Fiona a las ocho y estaba en ropa interior, vistiéndome. Me disponía a reservar un billete de AVE hasta Madrid, en donde tomaría el ALVIA con dirección a Orense.

—Compra dos billetes —me advirtió—. Te has vuelto una amenaza para ti mismo. Así no podemos seguir.

Leo arrugó la frente y tomó carrerilla. Como su padre, y antes su abuela, era un maestro consumado en el arte del llanto. Yo comprendía hasta cierto punto a los vecinos, aunque me cayesen gordos.

Su hermana se abrazó las piernas en el sillón. El mismo en el que yo leía por las noches mientras mi mujer roncaba con el antifaz puesto en el tálamo conyugal. Tenían cuatro años. Sira, la mayor por siete minutos, en vez de llorar se encogía, comprometida con la desgracia de Leo.

—Cariño, es muy temprano. Los vecinos protestan con razón. —Mi mujer, docente de matemáticas en un instituto de Sevilla, razonaba con Leo como si nuestra criatura fuese Pitágoras de Samos. Y ello a pesar de que, con cuarenta y tres primaveras, distaba mucho de ser una joven madre descerebrada.

—Me revientan los ultimátums —le contesté. Leo lloraba a grito pelado.

—Sé juicioso, Leo. Compórtate como es debido. —A mí, sin embargo, me retó con una mirada acusadora mientras decía—: ¿Te revientan los ultimátums? Muy bien. Pues búscate un trabajo.

—Ya tengo uno. Escribo novelas desde que soy independiente. Treinta años de independencia y satisfacciones.

—Escribe en tu tiempo libre, Edmundo. Tus satisfacciones son tan lucrativas como plantar perejil.

—Yo escupo al dinero.

—Hace falta valor.

—¡Plantar perejil! —La miré a los ojos—. ¿Cómo puedes hablar así de mi sueño, de mi vocación, de mi destino? ¡También yo mantengo a esta familia!

—Qué equivocado estás. Vives en el pretérito imperfecto.

Me puso incandescente.

—Tu conflicto no es conmigo, querida. Es entre las ciencias y las letras.

—No me llames querida. —Y se puso en pie—. Qué lástima cómo has cambiado.

—Te enamoraste de un escritor, a pesar de las matemáticas. Estabas llena de fe. —A medida que Leo llo-

raba con más ímpetu, yo elevaba más el tono. Me sentía inspirado—: ¡No pienso rendirme, Ada! ¡Tengo que pelear!

—Pues así no podemos seguir. Más vale que te vayas haciendo a la idea.

Yo pensaba más o menos lo mismo. Para disipar las dudas que quedasen, los vecinos de arriba empezaron con los golpes de escoba. Parecían animadores. Era lo único que faltaba.

Me fui a la cocina a medio vestir y, como en todas las crisis vecinales en las que éramos parte, cogí la tabla de madera y el martillo. Volví al dormitorio, subí al colchón y aterricé en la cómoda. Sujeté la tabla al techo y, empleándome a fondo, me puse a martillearla boca arriba, en eslip y calcetines. Leo entró en razón *ipso facto*.

—No me enamoré del hombre que aporrea los techos con un martillo —prosiguió Ada—; sino del poeta que lloraba...

—¡¡Denunciarlos!! ¡Voy a denunciar a los de arriba! —vociferé subido a la cómoda, tabla de cocina y martillo en ristre.

—... recitando versos...

—¡Por insolidarios!

—... a la luz de la luna.

—¡Y por cabrones!

—Edmundo, vamos a dejar a los niños con mi madre.

—¡Por encima de mi cadáver! —contesté desde lo alto—. ¡Me voy a Orense solo!

Muy en serio lo dije. Y seguí con los martillazos.

CUÁNTOS AÑOS. AHORA DIRÉ QUE PASARON COMO DÍAS; pero es la pura verdad.

Desde entonces no había vuelto a pisar Orense; no había vuelto a ver a mi madre. En los últimos treinta ni siquiera nos habíamos hablado.

Éramos como éramos. Cautivos del orgullo, dados a las más terribles reacciones y a los más furiosos remordimientos. Habríamos ardido en una pira antes de dar nuestro brazo a torcer.

En fin, que renegar el uno del otro era la única salida que nos quedaba para no desgarrarnos aún más.

Su rostro, su cara en forma de corazón. Ojos color avellana. Olía siempre a lirios.

¿Era realmente así, o había ido transformando a mi madre? ¿Tan escéptico me había vuelto que ya no creía ni en su cara?

Además, yo era hostil a la posibilidad de verla en fotografías. Y una leve insinuación de Fiona a propósito del material fotográfico que podía enviarme, bastaba para ponerme en guardia.

Había despedazado las fotos suyas que tenía. También las de mi padre con ella, que mutilé. Mi padre quedó solo en un limbo fotográfico y, a excepción de los pedazos en los que aparecía la cara de mi madre, conservé el resto de ellos en un tabor de porcelana.

Así pues, cuando abría el tabor, lo que salía a la luz eran trozos de vestidos, empeines de zapatos, manos o brazos que habían sido suyos. Solo mi padre entero. Y ciertas noches,

con mi mujer y los gemelos durmiendo, esparcía los trocitos sobre una mesa y los recolocaba en el orden correcto, como los pedazos de un puzle. Mientras, mi padre, intacto en las fotos, proyectaba una sonrisa desamparada hacia el vacío.

Éramos una familia de soñadores. ¿O de dónde me venía el carácter soñador sino de mis padres?

Mi madre persiguió un sueño, mi padre lo había perseguido y yo aún estaba en la carrera.

Nos desvivíamos por ellos con ardor obsesivo. Nos habían dominado, sí; pero también nos habían inspirado. Nos habían exigido idealismo y entrega; pero habían sido implacables con la gente que nos quiso. Sin ellos, el pasado y el futuro habrían perdido significación; pero habríamos hecho menos daño a los que amábamos. Éramos sus prisioneros; pero volábamos con sus alas.

«Lucha por tu sueño. Ten el valor de amarlo» decía mi madre. Y otras veces, con una expresión de ingenua y respetuosa confianza, lanzaba un clásico de la profecía: «¡Serás un titán! ¡Serás grande! ¡Un artista!».

La pobre.

En esas ocasiones me hablaba como si lo hiciera con otro.

Y, de hecho, ya fallecido mi padre, cuando veía naufragar sus aspiraciones, una de las últimas veces, en medio de la tempestad y las tinieblas, la sorprendí en su dormitorio de rodillas, las manos entrelazadas en ademán de oración, los codos apoyados en la cama.

Me quedé catatónico. La miraba y remiraba a través del quicio de la puerta mientras ella hablaba con Dios a la luz de una lamparita:

«Señor, tú que todo lo puedes, bendice los sueños de mi hijo, si son nobles, y haz que se cumplan. Aunque sea uno solo, el que más le importe: concédeselo, Señor. Pagaré el precio que sea; pero no me falles esta vez. Porque si no le ayudas, no podré perdonártelo y te mataré en mi corazón».

Salí temblando de allí, y esa imagen nunca me abandonó.

Las doce y diez de la noche y el tren aminoraba la marcha. Afuera asomaba la estación de ferrocarril de Orense. No estaba en mi ánimo ir al hospital a esas horas; iría por la mañana.

Bajé la maleta, me abrí camino y esperé a que la puerta del vagón se deslizase.

Ya en el andén, me sumí en el frío y la oscuridad y el silencio de la noche, aturdido por la congoja.

Y al ver las calles despobladas, Orense como una ciudad fantasma, busqué las gafas negras, me las puse y me ajusté mejor la mascarilla como si la culpa y la vergüenza hubieran hecho de mí un prófugo.

Entonces gemí y súbitamente estallé en un llanto desolado.

Las lágrimas resbalaron por mi cara y humedecieron la mascarilla.

Porque, qué podía haber más desolador que volver a mi ciudad oculto, de incógnito. ¿Acaso el virus y los demás factores que rodeaban al COVID no me estaban castigando?

Acarreaba la maleta de ruedas con estrépito y seguía llorando mientras cruzaba el puente Romano, inconsolable, como llora Leo, sin bajar la cabeza.

Lloré y lloré enfilando la calle del Progreso toda oscura.

Y lloré mientras sobrepasaba la Alameda de mi infancia y descendía por el mercado de abastos hacia el humilde y pequeño piso de mi madre, en la avenida de Portugal.

Y, con las gafas empañadas, pensé también en mi padre, y en la noche y en la culpa y en el toque de queda. Me sentí como él debió de sentirse en las fotos rotas: como si me hubiera desvanecido.

—4—

ME ADENTRÉ EN EL PORTAL MERCED A LA CUÑA DE MADERA que Fiona había dejado introducida, subí en el ascensor y cogí las llaves bajo el felpudo.

Abrí, encendí la luz del vestíbulo y puse el pie en la casa de mi madre. El silencio retumbaba.

Nada más sentarme en el sofá del salón, noté que empezaba a menguar el oxígeno.

El mismo sofá de piel, la maleta a mi lado. Así permanecí, como si me doliese moverme, pues me enfermaba estar en un piso que era el símbolo de su caída, ahora con señales clamorosas de abandono.

Las paredes necesitaban una mano de pintura, había desconchones, huellas de humedad, moho en los rincones del techo.

Era un piso pequeño y sombrío; no lo recordaba tan pequeño, tan sombrío.

Deseé irme con todas mis fuerzas, largarme de donde había volado treinta años antes.

Y, a pesar de ello, ardía en deseos de releer las cartas del viejo cofre, las cartas que habían labrado nuestra perdición y nos habían hecho infelices. No diré que para eso había venido, porque sería dolorosamente inexacto; pero solo por eso, sin duda, habría merecido la pena venir.

Aquellas históricas cartas. Cartas que me traerían de vuelta aquellos suplicios. Cartas que ahora iba a leer con ojos muy diferentes a los de entonces.

La idea se apoderó de mi pensamiento desde que comencé a esperar el temido wasap de Fiona, desde que sabía que me tocaba volver a Orense.

Recordaba donde mi madre guardaba el cofre en este piso con poco espacio para guardar nada, con solo dos pequeños armarios y ningún trastero.

Fui directamente al suyo. Exploré la parte de abajo y allí seguía.

Un cofre de madera de cedro, con tapa abovedada y la llave en la cerradura.

La llave en la cerradura del cofre ya era una constante en los últimos años, antes de irme de casa, y mandaba un mensaje de este tipo: «No tengo nada que ocultar». O bien: «No te queda nada por descubrir que no hayas descubierto».

Mientras giraba la llave me sobrevino el temor de que hubiese roto las cartas, de que hubiese acabado con ellas.

Dominado por el pánico, rebusqué entre las bobinas gigantes de hilo, las libretas de papel pautado, algu-

nos de sus objetos personales (como una caja con fotos y cartas y postales antiguas). Hasta que vi el paquete. Bien preservado por una bolsa de plástico traslúcida, como el día en que lo descubrí.

 Mi tesoro maldito. Allí estaba. Nuestra desdicha.

 Me hice con él, cerré el cofre y volví al salón y al sofá como si tuviera fiebre.

 Respiré hondo, saqué el montoncito de cartas de la bolsa, desaté el lazo de la cinta, y la misma impresión que nos remueve cuando, en los abismos del océano, a través del fundido de la cámara vemos cómo rejuvenece el Titanic, tuve yo cuando desdoblé la primera carta, muy suavemente, y releí la primera línea (*Estimada Mary: Tengo la audacia de escribirle esta misiva aunque usted no me conozca; precisamente, porque usted no me conoce*), tantos y tantos años después.